

TALENTO EN 1760 CARACTERES

Nuestras casas de la aldea distan apenas 400 metros en línea recta. Sin embargo, Miguel y yo no nos conocíamos. Él tuvo que marchar a enseñar español a las lejanas tierras de Manchuria para que nos encontrásemos. Y no es que yo estuviese entonces por aquella legendaria región del noreste de China. Ocupaba mi mesa en la funcional sala de redacción de La Voz de Galicia, donde por aquel entonces —año 2007, quizás— me encargaba de la edición digital del periódico.

Habíamos lanzado un blog colectivo, Global Galicia, con el que pretendíamos poner en contacto y conocer la vida de los gallegos que nunca faltan en cualquier parte del mundo. Empezaron a aparecer colaboradores espontáneos, desde Sudáfrica a Eslovenia, de Londres a Japón, Argentina y Nueva York. De entre todos ellos, enseguida me llamaron la atención las aportaciones de uno de los participantes. Además de colocar las tildes y los signos de puntuación en su sitio —que no es tan frecuente, no crea—, aquellos post deliciosos, divertidos y entrañables, en los que el autor contaba historias de iguales que habitan un mundo lejano, rezumaban estilo. Allí había literatura.

Y por si eso no fuera regalo suficiente, con educada naturalidad y fino sentido del humor, quien los escribía apaciguaba trifulcas que a veces provocaba algún gallego gruñón de la diáspora. Seguramente sin ser consciente de ello, me estaba ayudando a evitar que aquel experimento de bisoño periodismo digital saltase por los aires antes de tiempo. Firmaba Miguel Salas, desde China. Un gallego nacido en Madrid por causalidad y con sus raíces en Cobas —o Covas, según la toponimia vigente—, el mismo lugar en el que flotan los mejores recuerdos de mi vida.

Diría que Marshall McLuhan conocía nuestro caso cuando habló de la aldea global, si no fuese porque el filósofo canadiense acuñó ese concepto cuando Miguel aún no había nacido y yo todavía aprendía a montar en bici por los caminos empedrados de nuestra aldea local. El caso es que gracias a las herramientas que remodelan con velocidad vertiginosa esta sociedad hiperconectada fuimos trabando amistad y atando cabos sobre gentes y lugares del territorio que, sin saberlo, compartimos desde niños. De nuestra patria sin banderas —ni falta que hacen—, donde aprendimos las lecciones de la infancia a través de las que miramos el mundo, como escribe Miguel.

En cuanto pudimos, nos encontramos, nos pusimos cara y descubrimos conexiones que hasta entonces ignorábamos. Creo recordar que fue entonces cuando Miguel me contó que dejaba el norte de China para irse a Taiwán. Yo también estaba a punto de cambiar mi cometido en el periódico y temí que aquella colaboración tuviese que terminar. Me iba a dedicar de nuevo al periodismo local y los corsés tradicionales del oficio mandan que historias de la Ilha Formosa podrían encajar en la sección de Internacional, pero no en unas páginas en las que se cultivaba un periodismo de proximidad, de vecindad con la

audiencia, de las cosas que suceden en el bloque donde vive el lector.

El talento de Miguel nos llevó a ese punto en que se diluye la frontera entre lo que está próximo y lo alejado, el momento en el que tratar de hacer distinción entre lo local y lo global se vuelve absurdo. Sin ocultar la diferencia y el desconcierto que este suele causar, pero subrayando sobre todo las similitudes, un día a la semana Miguel Salas firmaba una columna con sus concisos, precisos y preciosos relatos. Había encontrado la fórmula para que los más de 10 000 kilómetros que separan Ferrol y Taiwán no fuesen un obstáculo para que sus Cartas desde Oriente pudiesen aparecer impresas en las páginas de un diario local. Tal vez reventando las costuras de normas no escritas, pero les puedo asegurar que sin provocar el más mínimo chirrido y, sin lugar a dudas, ganándose a una entregada parroquia de seguidores desde una primera carta en la que le habla a su abuelo Pedro.

En aquellas cartas descubrimos el talento indiscutible de Miguel para el relato corto y la columna periodística. Un talento que en su faceta de poeta fue reconocido y galardonado en el 2011 con el premio Hiperión por su libro *Las almas nómadas*. Y del que volvería a dar muestra, esta vez como novelista, en *Ni temeré las fieras* (2017). En la poesía, en la novela o en los cuentos infantiles está la esencia de un autor de altura al que, gracias a este libro, podemos volver disfrutar en un formato que nació para el periódico y para el que, según él mismo me confesó, tuvo que hacer un importante ejercicio de adaptación técnica. La dictadura del papel exigía que todos los relatos tuviesen una misma y exacta extensión: 1760 caracteres. Lo consiguió con brillantez a lo largo de más de cien semanas.

Si me permiten una licencia final, he de confesar que, en correspondencia a la disciplina exigida en su día a Miguel, me había propuesto escribir este prólogo en 1760 caracteres. No he sido capaz.

Disfrute y saboree cada una de estas joyas condensadas en un centenar de piezas del mejor periodismo literario. No hay muchas oportunidades.

Carlos Agulló,
Subdirector de La Voz de Galicia
A Coruña, 26 de noviembre de 2021

PRESENTACIÓN

Viví en Taiwán entre 2008 y 2012. Van a cumplirse, por tanto, diez años desde que abandoné aquellas tierras para volverme a España, donde resido desde entonces. Para mí, fueron los últimos compases —y los mejores, sin duda— de un periplo vital que duró ocho cursos académicos y que me llevó a dar clase en Italia y China antes de recalar en la isla.

Carlos Agulló, a quien conocía del blog Global Galicia, que se publicó durante un tiempo en la edición digital de *La Voz de Galicia*, me invitó muy generosamente a escribir para la edición local de Ferrol una columna semanal en la que contar mis experiencias en Asia. Acepté, por supuesto: hacerlo no solo me divirtió mucho, sino que me sirvió para darle cierto sentido en mi cabeza, en la medida de lo posible, al constante desafío que supone vivir en una cultura tan diferente a la propia.

Es muy probable —más de lo que creo, sin duda, y así me lo han indicado algunos amigos— que mis interpretaciones de lo que allí viví estén perfectamente equivocadas. Como dice Gregorio Luri,

«el forastero ve la armonía con la que se mueven los lugareños, pero, como la ve desde fuera, no logra captar nítidamente la música que la ordena. No tiene el oído bien afinado y por eso cada paso del baile le parece arbitrario, aunque el conjunto esté coordinado como una coreografía. Parece que, en Nigeria, para señalar a alguien como extranjero se decía que bailaba con otro tambor».

Me parece una descripción perfecta de lo que le sucede a un extranjero en cualquier país del mundo... que no sea el suyo, claro.

Durante muchos días bailé al son de un tambor diferente al que siguen los taiwaneses, y solo a veces me pareció bailar lo mismo que ellos. Me fui de allí cuando —quizás— comenzaba a imitar bien alguno de sus pasos. Por eso quise dar a mis columnas en *La Voz de Galicia* la forma de cartas a mis seres queridos: no son —ni pretenden ser— más que pequeños ensayos de interpretación, improvisaciones que se cuentan al oído a la gente de confianza. A veces es necesario relatar las cosas así, sin darles importancia, sin pensar demasiado en ellas para que ganen significado y se completen en la respuesta de quien nos escucha. Aunque tal vez no sea el tono adecuado para hablar de una cultura ajena, me queda el consuelo de haber procurado siempre opinar de aquello que vivía con humor, inocencia y, sobre todo, mucho amor.

Y no se trata de un amor impostado. Aún hoy me resulta difícil explicar la importancia que para mí tiene haber pasado cuatro años en Taiwán. Puede que no parezcan muchos, pero marcaron mi desarrollo personal de manera definitiva, y hay una parte de mí —pequeña, claro, pero real— que permanece en la isla y contempla desde allí todo lo que me sucede. Quiero profundamente a Formosa y su cultura, y hay un puñado de

taiwaneses que siempre tendrán un amigo sincero dondequiera que yo esté. Si algún día tuviera que irme otra vez de España y pudiera elegir destino, no lo dudaría ni un instante: volvería a Formosa, que es —y sospecho que será siempre— mi segundo hogar.

Poco más que añadir: perdón por todos los errores, inexactitudes y disparates que puedan recoger estas páginas. Y, sobre todo, gracias. Nunca podré recalcar lo suficiente lo feliz que fui en aquella isla lejanísima a la que un día los portugueses bautizaron, con su habitual buen tino, como Hermosa.

Miguel Salas Díaz

Madrid, 8 de agosto de 2021



BAJO LAS DIFERENCIAS

Querido abuelo Pedro:

Escribo para ti esta primera carta desde Oriente porque, aunque ya no estés, las piezas que forman el mosaico incierto que es Ferrol para mí encajan solamente si te sitúo, junto a unas pocas personas más, en su centro. Es curioso, pero, por muy lejos que se vaya uno, siempre comprende el mundo a través de las lecciones de la infancia. Las vivencias de entonces son los centímetros de la vara con la que mido todo lo que me ocurre por estas latitudes. Nunca fuiste un abuelo de los que dan la tabarra. Lo que aprendí de ti lo aprendí observándote. Y hay algo de lo que me enseñaste que me ayuda ser feliz por estas tierras: la convicción de que todas las personas son iguales.

No sabes cuántos extranjeros de los que me rodean pierden el tiempo criticando a los taiwaneses. Cuántos, cerrados en su mundo, se niegan a sí mismos la maravilla de encontrar, en la diferencia, la misma oscuridad y la misma luz que alberga el corazón de cualquier occidental. Hay un libro titulado *San Zi Jing* con el que se han escolarizado cientos de generaciones de chinos. Contiene breves enseñanzas en forma de verso. Mi favorita dice: bajo las diferencias está el hombre. No hay mejor resumen del pensamiento humanista, del que tanto nos preciamos los europeos y que forma parte también —cómo no— de la tradición confuciana.

Aquí me tienes, escribiendo estas cartas en el periódico que leías a diario y que buscabas incluso en Madrid, cuando veníais a vernos en Navidades. Dedicaré esta columna semanal a hablaros de las diferencias y las semejanzas que existen entre Taiwán, país en el que vivo y al que ya quiero, y Ferrol, donde están casi todas mis raíces. Y siempre escribiré teniendo presente la lección que tú me enseñaste ya en mi infancia y que volví a encontrar, años después, en un remoto libro de texto chino escrito a principios del siglo XIII: bajo las diferencias —sanas algunas, tan injustas casi todas— que la vida acumula sobre nuestros corazones, somos todo los mismo. En Ferrol y en la China.

BUDA Y LOS PORQUIÑOS

Querida abuela Tilde:

A ti no te hace mucha gracia eso de que yo sea vegetariano. Aunque lo aceptas y me cocinas, cuando voy a tu casa, arroz con verduritas, sé que te encantaría que me comiera uno de esos filetes tuyos, con cama de patatas fritas, que antes me gustaban tanto. Eso se debe a la imagen que tenemos en España de los vegetarianos: gente rarita, tirando a mística, más parecida a grillos que a personas, siempre al borde de la malnutrición. Sin embargo, aquí en Taiwán sucede todo lo contrario. El otro día me cogí la gripe y fueron varios los alumnos que me preguntaron: ¿cómo es posible que estés enfermo, si eres vegetariano? Ya ves, la idea de los taiwaneses es que los vegetarianos somos más fuertes. Cosas de la cultura.

Y es que Taiwán es un auténtico paraíso para nosotros, los herbívoros. Como el budismo, una de las religiones dominantes en la isla, promulga la compasión por todos los seres vivos, muchos de sus fieles renuncian a consumir carne. Así que el país está repleto de restaurantes vegetarianos donde puedo comer platos riquísimos, entre los que se incluyen sorprendentes imitaciones de las gambas, el pollo, o los calamares. Eso sí, tanta bondad no impide que los mosquitos que entran, confiados, en esos templos de la compasión gastronómica, mueran en las crueles trampas eléctricas. A todos nos cuesta reconocer que los bichos también son animales —qué fácil es querer a un corderito—.

Además, en Taiwán los establecimientos no vegetarianos tienen siempre algo para nosotros. Nada que ver con la mayoría de los restaurantes españoles, donde lo más vegetariano que te preparan es un sándwich vegetal que suele incluir, para mi disgusto, huevo o atún —y ya me dirás, cuando vuelva a Covas, en qué árboles crecen los huevos y los atunes—. Menos mal que tú, abuelita, me quieres como soy y en Carnavales siempre me separas un buen manojo de grelos y unos cachelos y me los cueces a parte del lacón. Buda, que también vela por los *porquiños* gallegos, te lo pagará, seguro, en la próxima vida.

JESÚS DE TAIWÁN

Querida abuela Tilde:

En Nochebuena un grupo cristiano representó en un parque, con afán evangelizador, el nacimiento de Cristo adaptado al mundo taiwanés. A pesar de las licencias que se tomaron, el argumento no perdió ni un ápice de autenticidad. Verás.

Todo comenzó con la anunciación. San Gabriel era una moza de veinticinco años enfundada en un camisón de raso tirando a cortito y con unas pícaras alitas a la espalda —estoy seguro de que en Taichung hay más varones católicos ahora que hace una semana—. María, que estaba dando cuenta de una sopa taiwanesa típica del solsticio de invierno, escuchó la perorata como mis alumnos en clase: con cara de sueño y sin dejar de tragar. Muy realista.

Después pasaron a la visita de María a Isabel, madre del Bautista. Allí estaban las dos, marujeando, vestidas a la moda taiwanesa con sus taconazos, sus uñas pintadísimas y sus mechales infernales. Compartían un termo de un té de semillas, que aquí es algo muy de embarazadas. María le regaló a su prima una pulsera de jade, y ella le devolvió el cumplido con una cesta de peras.

El nacimiento de Cristo tuvo lugar en un arrozal, bajo un techo de uralita. No había buey ni mula, pero sí varios cerdos vietnamitas. San José, en pantalón corto y chanclas, fumaba en cuclillas, ajeno a todo, como el carpintero de mi barrio. Los Reyes Magos llevaban túnicas de seda y coleta a lo Confucio, y el bebé —qué repelús— era un peluche de Hello Kitty que arrancó los aplausos de los más pequeños.

Lo mejor vino cuando Gabriel —la chavala de las alitas— se le apareció a José en sueños para recomendarle la huida. Bien se le vio en la cara, adornada con una chinísima verruga peluda, que lo que él quería era discutir sobre el sexo de los ángeles, y no marcharse a Egipto con señora y rapaz, pero se portó y se los llevó en ciclomotor para ponerlos a salvo de Herodes. Sin casco, claro.

Y así acabó todo. Después de un primer momento de extrañeza, pensé que, al fin y al cabo, igual hemos hecho en Europa. ¿O es que era Jesús un señor rubio de ojos azules?